

¿Poetas? ¿Poetas para qué?

Juan Gelman
07 de diciembre de 2007

Compartí con Julio un espacio de nuestros exilios en París. Me otorgó el privilegio de su amistad y conocí su grandeza humana, su modestia, su creer más en la escritura que en sí mismo, es decir, su no creérsela, la solidaridad con las causas justas y la esperanza en una humanidad mejor. Julio vive en mí y sólo se me morirá cuando salga yo a tocar el violín en otro barrio, y aún así, quién sabe.

Semanas después de su fallecimiento, lo vi una mañana en el andén de enfrente en una estación del metro de París, altísimo, idéntico. Era domingo y los trenes tardaban en llegar. Pero no quise cruzar al otro lado. Pensé que la muerte, que había dado franco por ser domingo, tal vez coincidiera en la alucinación de algún otro, y de esa manera sí volveremos a charlar. Dedico estas palabras, a ti, Aurora Bernárdez: tú fuiste la que acompañó infatigablemente a Julio, en los momentos más difíciles.

Dije palabras y dije bien. Asistí a conferencias, pero rara vez impartí una. Prefiero la conversación, la charla, el pasaje de la palabra al otro, que cuando es verdadero, viaja siempre de sangre en sangre.

Suelo compartir mi experiencia y trabajo limitado, como el de todos los poetas, incluyendo a los más grandes. No deja de ser un atrevimiento, y no

tengo recetas que prescribir a nadie. Cada quien busca y encuentra o no las propias, y creo que la mejor receta es no tener ninguna. Entonces, apenas puedo hablar de mi práctica, de lo que me pasó y me pasa, proponer algunas reflexiones, conversar, *conversiar*.

No pocos se preguntan y lo dicen, ¿para qué sirve la poesía? Es una cuestión que atormenta a los poetas de hoy. En este mundo globalizado y mediático en el que las subjetividades están cada vez más signadas por los valores materiales y por la inmediatez, se magnifica la ausencia de la luz espiritual que le marchitaba los huesos al rey David.

Se edita poca poesía, y su inutilidad radicaría en que no tiene valor de mercado. Saturno tampoco tiene valor de mercado.

¿Los poetas son verdaderamente inútiles? Hace un par de siglos se le preguntó al atormentado poeta alemán, Friedrich Hölderlin, ¿para qué poetas en tiempos mezquinos o tiempos de penuria? Y me pregunto qué calificativos aplicaría hoy Hölderlin para nuestros tiempos en que cada tres segundos y medio muere en el planeta un niño menor de cinco años por enfermedades curables, por hambre, por pobreza. Cuántos han fallecido desde que comencé esta conferencia.

Pero al igual que Hölderlin, los poetas siguen escribiendo, y es que perseguir a la palabra poética es disparar contra la muerte. La poesía está cargada de más vida; da claridad a estos tiempos de penuria.

La condición de los poetas es frágil y ni siquiera encuentran abrigo en su obra. Cada momento de su escritura cuestiona todos los demás y, entonces, nada sostiene a quien no tiene otro sostén que el acto de escribir. Cada uno procura el mejor cauce para deslizar su voz.

Robert Frost decía que escribir en verso libre es como jugar al tenis con la red en el suelo. He escrito versos rimados y medidos, antes de necesitar, hace mucho ya, expresarme en verso libre. Sus secretos menos aparentes y, como siempre, aparentes, están regidos por el ritmo, la ley de la economía poética y artística. Los endecasílabos, los alejandrinos, los octosílabos rimados exigen, a veces, resolver urgencias apremiantes.

Como lo dijo Lope de Vega, una vez que pedía dinero a su mecenas, la necesidad tiene la misma cara de hereje que la rima obligada en un soneto. Aunque, pensándolo bien, tampoco gozan de amparo los que crean varios versos rimados y medidos. Es la palabra la que no tiene amparo. Su destino, es la intemperie. La palabra poética busca un centro que no existe.

El gran poeta peruano, Emilio Adolfo Westphalen, apuntó que una lengua es un mundo dilatado con rupturas, cicatrices, montañas, abismos. Un

animal camaleónico y comestible del cual los poetas nos servimos –parca o glotonamente– con arreglos a obsesiones o necesidades.

Los poemas son escritos por la lengua y no por la felicidad mayor, que cuando la pluma corre por el papel movida no por uno, sino por algo similar a aquello de San Juan de la Cruz, es una suerte de milagro. Al decir de Chesterton, lo verdaderamente milagroso en los milagros es que a veces se producen. Nadie insistiría en este ser de fuera si no esperara el milagro, esa fusión o matrimonio de la vivencia con la imaginación de la búsqueda y la expresión que la nombra. Tan raro es ese milagro, tan dichoso, tan explicador, y una vida entera empeñada en dar con él y más en encontrar la materia que lo hace.

Se ha repetido que la lengua es una patria y esa patria contiene muchas otras, la infancia, la familia, la primicia de las preguntas, el asombro que causan las respuestas. Y así lo entendí durante mis catorce años de exilio que pasé, sobre todo, en tierras donde no se habla nuestra lengua, el castellano.

*La lengua de versos de oro
y de vibración marcial.
Es dúctil como el metal
y rica como el tesoro
que dejó Boabdil el moro
allá en su Alhambra oriental.*

He citado versos del poeta Leopoldo Díaz, impulsor en la Argentina del llamado movimiento modernista, que marcó a la poesía latinoamericana de fines del siglo XIX y comienzos del XX, y en el que brillan nombres como Rubén Darío –el precursor–, Ramón López Velarde, Julio Herrera y Reissig, y Leopoldo Lugones.

A mediados del siglo pasado acaeció el posmodernismo en el arte y el pensamiento posmoderno en filosofía y otros campos de las ciencias humanas. Es irónico hablar de posmodernidad, cuando un centenar de millones de personas de muchos países del planeta carecen de un techo decoroso, de alimentos suficientes, electricidad, agua potable, acceso a la educación, a la salud pública, a la comunicación, y lejos están de los umbrales de la modernidad que conocemos.

La noción de posmodernidad tal vez nazca del deseo de acabar con ese malestar de la incultura, que padecemos de manera cada vez más grave. Pero estos tiempos de penurias están muy atrás de la posibilidad material de esa noción y exigen una modernidad más justa, más humana.

La mayor parte de mi exilio transcurrió cuando imperaba en Argentina la dictadura militar más sanguinaria de su historia. Los compañeros eran asesinados; los amigos desaparecían, y se desconocía el paradero de familiares muy cercanos, secuestrados por los agentes de Videla. Admiro a Joseph

Conrad, que pasó del polaco al inglés; al rumano Paul Celan, que escribió en alemán, pero con todas las diferencias del caso, hacer lo mismo era para mí otro exilio brutal que se agregaba al físico.

En Roma vivía yo cargado de furia, de dolor, de impotencia y mis oídos rechazaban la suave liquidez del italiano genérico, ese que a piamonteses y calabreses les permite comunicarse entre sí. Esa suavidad nada tenía que ver con lo que yo sentía, me hacía mal, no me dejaba escribir. Hasta me parecía ofensiva para tanta muerte diaria en Argentina.

Conseguí librarme de ella escribiendo sonetos en romanesco, una lengua popular, medio pariente de la que se habla en Buenos Aires.

Con esta larga introducción autobiográfica, por la que me disculpo, pretendo ilustrar cómo las circunstancias inciden en la relación entre la obsesión que lleva a escribir y la música de su expresión.

La música de la poesía es un sistema propio de significado de la palabra encontrada. El sonido de la furia no es igual al sonido del amor. La lengua tiene diferentes espesores y cada obsesión dicta su música. Así, la poesía toca al ser humano, no como un ser hecho, sino por hacer. Descubre a quien la lee a quien la escucha, territorios que ignoraba tener y que, por eso, no tenía.

La poesía sabe más de nosotros que nosotros mismos. Empujada por un hambre feroz e inexplicable en perpetuo movimiento, la poesía tiene confianza

en avenidas posibles de lo humano y en mundos más bellos, más completos. Sus creencias en el misterio del lenguaje la vuelven audible, y su destino es dar un nombre a lo que no tiene nombre todavía.

¿Es posible una historia de la poesía? Esa historia no sería en realidad una historia de ser. ¿Acaso las diversas etapas de la poesía se engendran unas a otras?, o siempre son rupturas cuya continuidad estriba en la repetición de pruebas y comienzos.

Se habla de la poesía clásica, romántica, neoclásica, moderna, realista, socialista o no, etcétera. Muchas veces son definiciones que emanan de criterios históricos y sociológicos, que poco tienen que ver con el organismo vivo de la poesía, con su manera de crecer y dar desde antes y dar después.

Óigase este poema, uno de los primeros que la escritura china recogió de su traducción oral. Tiene probablemente treinta siglos y habla de un pastor cuya mujer está a una distancia infinita.

*Es madrugada
él está en el sur
a diez mil li de la mujer amada
bajo la nieve cuida al ganado dormido
ella cose junto a fuego en el hogar
él escucha el sonido de sus tijeras
bajo la noche profunda.*

Nadie sabe a qué escuela o generación pertenece quien escribió algo tan bello, ni su nombre se conoce. Por eso no crean en etiquetas, ni en generaciones, ni en corrientes, sólo crean en los poetas.

Hay tradiciones y los poetas no surgen por generaciones espontáneas. Permítanme citar otro poema, pertenece a Pierre Cardinal, del siglo XIII, y dice:

*La piedad del hombre rico por la gente,
es tan grande como la de Caín y Abel.
Le gusta dejar a los otros menos de lo que el logra deja,
y mentir más que chicas de burdel.*

La poesía social, política, no es cosa nueva. Tampoco lo era en los tiempos de Cardinal. ¿Acaso *La Divina Comedia* no sería un gran poema político? ¿Acaso las obras históricas de Shakespeare no describen mejor que ninguna otra las intrigas y las luchas de poder?

El único tema de la poesía es la poesía misma, por eso puede hablar de todo, hasta de amor. Se han escrito millones y millones de poemas de amor que no le llegan ni al tacón de su sandalia. La poesía es palabra, es resistencia contra estos tiempos mezquinos, y abre sendas para transitarlos. Qué paradoja, esa resistencia subraya la mezquindad de estos tiempos.

En 1983, durante mi exilio en París, leí en una publicación de gran tirada la entrevista a un poeta, alto funcionario de una revolución

latinoamericana acosada por Estados Unidos, como suele suceder. Decía el poeta: “la persona responsable de que yo no escriba es Ronald Reagan”. Esto me escandalizó. Sigo creyendo que cualquier poeta latinoamericano, revolucionario o no, tiene más capacidad de sueño, de memoria sensible, de belleza y de imaginación que cualquier Reagan, Stalin o Bush. Pretender que un régimen político pueda inhibir al poeta es atribuirle al régimen un poder del que carece totalmente. A menos que el régimen mate al poeta, como ocurrió con Francisco Urondo, asesinado por la dictadura militar argentina.

Culpar de la propia esterilidad a una fuerza improbable es una excusa, y esas declaraciones me indignaron porque acababa y de leer el extraordinario *El canto del pueblo judío asesinado*, de Itsjok Katznelson.

El afuera despierta al poema, pero sólo se escribe cuando la circunstancia exterior coincide con la del corazón. Tiene que haber un dentro-fuera que se encuentren. La poesía es única e indivisible. Los que la dividen en trascendente y circunstancial olvidan que hasta la trascendencia es circunstancial.

Goethe decía que el mundo es tan rico y profundo y la vida tan diversa que nunca faltan ocasiones para escribir poemas. Pero deben ser poemas de circunstancias, es decir, la realidad ha de proporcionar el motivo, la materia

para ello. Todos mis poemas se han inspirado en la realidad, y tienen en ella su fundamento y su raíz. No me interesan los poemas nacidos de la nada.

¿Cuál es la materia del poema, sino la palabra, incluyendo lo que ella no tiene y no puede? En ella están inscritas las mil caras de la realidad que giran en sus sonidos y su silencio y, también, la memoria, sus olvidos y sus sueños, y la muerte, el otro, el ser que es como un ser.

La palabra nunca deja libre a quien quiere apresarla; esas son las circunstancias del poema y, sin embargo, no son éstas las que crean a un poema. Más bien es al revés. El poeta es hijo de lo que escribe y así crea sus propias circunstancias. Sus poemas son autobiografía, cree en su biografía. Estoy seguro que en cada poema da un paso más en los laberintos de su subjetividad, en el ahondamiento de sus inseguridades. Pero no teme descubrirse a sí mismo.

En un café, en Buenos Aires, el gran poeta Francisco Urondo me explicó que había empuñado las armas contra la dictadura militar y la injusticia social porque buscaba la palabra justa. Es una ética que nace de la estética. Él supo que la poesía interroga al misterio y encuentra el enigma. Supo también que la palabra del poeta está atenta a la palabra del otro y se funde con ella, alejándose de ella. Así la alberga y la calcina. La poesía se enfrenta a la nada para evitarla, y la gran poesía no es mero espejo de las

épocas en que fue creada. Tiene un contexto, pero no se limita a reflejar la realidad de estos tiempos mezquinos: anuncia lo que está por llegar.

El poeta es un transmisor de tiempo del riquísimo fondo de la poesía universal acumulado por los siglos, es decir, el ser en la historia escribe por sí, para sí, y publica para los demás. Construye poemas que destruirá para volver a lanzarse del vacío que lo obligará a repetir el acto. Su trabajo se parece a un día cualquiera de los seres humanos. Cuando más se aleja de la noche que pasó, más se acerca a la que vendrá.

El poema es una botella al mar, como supo decir Paul Celan, y el poeta confía en que su palabra llevará y se recogerá en otra orilla en la playa del corazón, tal vez. Esa botella guarda mensajes cifrados, hasta que otra mano, otra mirada, una escucha diferente, lo recibe y lo acoge, y en ese acto mismo se transforma.

La pregunta, ¿para qué poetas?, tal vez sea incorrecta. Habría que preguntarse por qué la poesía ha atravesado, sin interrupción, todos los tiempos a pesar de las pestes y las guerras, las catástrofes naturales y las provocadas por el hombre. Es fácil responder: “por algo será”. Eso decían en la Argentina militar para justificar la barbarie. Pero nadie sabe lo que es la poesía. Nadie puede. Causa en el poeta el alejamiento de su diaria identidad, esa identidad no está donde lo escribe, escribe otro de sí mismo que exige la

abolición del mundo y su ambición desplaza lo desconocido. Allí nace una palabra nueva, un atisbo de otra realidad, no necesariamente más bella o menos bella, pero otra. Es una realidad que con palabras desnudas arranca las entrañas de la vida, sus significados posibles, los que palpitan oscuros y lejos de la fuerza terrible de la costumbre, una realidad que nos dice que el poder de la pasión sobrevive a la pasión del poder.

Que se me disculpe otra incursión de autobiografía. Desciendo de una familia ucraniana que tenía la obligación de hablar ruso. Mi hermano mayor, Boris, me recitaba poemas en ruso. Yo tenía cinco años y no entendía ni una palabra, pero me fascinaba su música y su ritmo. Me transportaba a otro espacio, y le pedía, una y otra vez, que me lo volviera a recitar. Todavía recuerdo algunos versos, y fue desde entonces que quise la poesía en mí.

¿Cuándo y cómo sabe un poeta que es poeta? ¿Cuándo y cómo lo acepta? ¿Qué sabe él de sus poemas? Es la poesía la que abandona al poeta, el poema ahí se queda. El intento de violar ese abandono es una mala costumbre.

¿Por qué corredor transita la obsesión que te agobia hasta dar palabra? ¿Qué impuesto paga obsesión y palabra a la imaginación? Esa es la huella de nuestro límite: la poesía nace en la huella del límite para borrar de la faz de la sangre.

Dije que finalmente nadie sabe qué es la poesía. Se habla de ella por aproximación, descripción o imagen. Para José Emilio Pacheco, es la sombra de la memoria. Una bella definición.

Para mí es un árbol sin hojas que da sombra. Después de tantos millones de palabras, la palabra sigue siendo tiempo y nace y desnace para nacer otra vez. No hay palabras gastadas, sólo las hay en la boca de seres gastados por estos tiempos mezquinos.

La poesía crea un vínculo tan poderoso entre imaginación y experiencia que inventa otra memoria en la que el sueño de la realidad se rehace como sueño de la escritura. Es memoria lo no sucedido todavía, acaso la expresión más ardiente del deseo. Cada poema es parte de una aventura erótica que muere en él, renace en el siguiente y no se apaga el deseo de alcanzar su objeto, ese desconocido, un agujero que late como sombra sin cuerpo, como esa impronta en el alma y que ningún objeto material imprime, como una ausencia que no cesa de no escribirse.

La palabra poética, como la utopía, es la incesante emulsión de dos pérdidas, lo deseado y lo obtenido. Para ella, el paraíso siempre está adelante y la búsqueda nunca termina.

Nada ha podido cortar el libro de la poesía que nació desde el hombre más antiguo. Parecemos un tiempo anterior al sueño posible, a una humanidad posible. A pesar de todo, la poesía permanece.

Los poetas de este tiempo saben que la poesía es un movimiento hacia el otro; que viaja del misterio de uno al misterio de todos, y en ese encuentro, gana su transparencia. Viaja sin nombre, sin número, ajena al cálculo y a sumisión, corrige la frialdad y el desamor, junta los pedazos del mundo y abriga en su tienda de fuego.

Nosotros, los demás, debemos aprender a escuchar el deseo de los poetas, si no pasamos de largo engañándonos. Tal vez lo que el poeta intenta toda su vida es escribir un poema, uno solo que sea pariente de la magia. El poeta no sería entonces un pequeño dios, como quiso Vicente Huidobro, sino un mero mendigo de la magia que siempre se le da por accidente, un perseguidor, perseguido por un sonido que sabe que no existe.

La poesía repite la ceremonia de la primera palabra, esa que hiere al infante desde afuera: en su cuna misma nace el dolor original. Por eso la palabra del poema va hacia el recién nacer, hacia antes de todo, hacia antes del poder. Es la palabra más cercana al silencio del mundo. La poesía se sitúa en el lenguaje como cuerpo, corazón que interroga y no puede dormir, come los libros de la noche, es una invención que agranda la invención del horizonte.

Es patria de los espejos negros y canta a la paloma que sale volando de los
ojos de un niño porque él la quiso dar.